

Bibliografía

“CRÍTICA de la RAZÓN PURA” de EMMANUEL KANT (Estética Trascendental y Analítica Trascendental). Texto de las dos Ediciones.—Precedida de “La VIDA de KANT y de la HISTORIA de los ORIGENES de la FILOSOFÍA CRÍTICA” por KUNO FISCHER, Rector de la Universidad de Heidelberg.—Traducción del alemán por JOSE del PEROJO.—Nota preliminar de FRANCISCO ROMERO.—EDITORIAL LOSADA S. A. —Buenos Aires.—1938.

Tengo para mí que la historia de la Filosofía de Occidente no registra en sus anales un episodio biográfico más eminentemente ilustre, más plétórico de sencilla grandeza, más inmarcesible en la pureza de su gloria intelectual y ética, como el que representa la vida y la obra de Emmanuel Kant, pensador y filósofo de Königsberg, en la Prusia Oriental. Ninguno de los grandes sistemáticos de la Filosofía, empezando por Aristóteles para terminar en Hegel, ofrece a la penetrante visión histórica del pasado espiritual de humanidad, un ejemplo tan digno de humana exaltación como el que hallamos en este hombre singular, dechado perfecto del ser pensante en perenne trance de producción ideal. La singularidad de Kant como hombre proviene del extremo rigor a que voluntaria y conscientemente sometió su vida, logrando un renunciamiento completo y perfecto de los bienes externos y un desprecio o una indiferencia inconcebiblemente humanos en relación con las apariencias y las fascinaciones del mundo exterior circundante. Kant permaneció invariable durante los años de su larga existencia en la línea de conducta que se había trazado a impulsos de un supremo esfuerzo racional, y aún asombra el poder invencible de aquella voluntad, regida por inteligencia aún más poderosa, que supo eliminar de su

escenario todo elemento extrínseco que pudiera estorbar en lo más mínimo la gigantesca obra intelectual que se había propuesto llevar a cabo. El filósofo germano hizo de su existencia, de su persona considerada en la totalidad de las relaciones que como tal le era dado establecer, un verdadero templo viviente para el ejercicio ritual de las propias concepciones que su mente abstracta iba creando en el decurso intensamente progresivo de su prodigiosa actividad racional. Nada en la historia de Emmanuel Kant, ni aun los más insignificantes detalles de su vida cotidiana, aparece fuera de lugar o de tiempo; nada, absolutamente nada, en desacuerdo con los principios básicos de su filosofía. Todo ordenado, todo regular, todo sometido conscientemente a tratamiento de tal naturaleza que más parecía que su existencia no fuese otra cosa que la misma “razón pura” cuyos límites cognoscitivos él pretendió fijar críticamente. El espíritu, el yo activo y pensante como centro de toda concepción y de toda acción: tal es en último término el principio fundamental de la gnoseología crítica y el fuerte nudo dialéctico de donde desata el pensamiento kantiano la profunda revolución causada por su sistema en la historia de la Filosofía occidental. Pues también de ahí deriva Kant con rigurosa exactitud las normas que han de regir su vida privada. Como filósofo, Kant investiga y encuentra las condiciones del conocimiento; como hombre, su existencia temporal se halla dominada por principios racionalmente preestablecidos al obrar. Para la Filosofía señala Kant la finalidad de fundar todo acto de elaboración mental sobre principios establecidos claramente y de la propia manera por el entendimiento aprehendidos, constituyendo una exigencia del raciocinio la perfecta posibilidad y necesidad del juicio correspondiente. Paralelamente, la actuación humana de Kant se basó en normas y princi-

pios y fue condición necesaria que la conciencia de la justicia del acto precediera a su realización y en ella presidiera. Es fácil percatarse de que semejante manera de pensar, sólidamente entronizada como inspiradora y directriz de la norma de conducta privada, había de producir, máxime en tratándose de una naturaleza psicológica, intelectual y moralmente excepcional, vida de regularidad metódica tan extrema que quizás excedió los límites de lo normal y tocó en la pedantería, como también un sentimiento, una fuerza tan grande de personal independencia y desprendimiento de los bienes externos que muchos tendrán por exagerados. Pero, después de todo, quien llega a penetrar profundamente en el pensamiento de Kant, aquel a quien es dado comprender la inmensa, la inconcebible abstracción que supone la elaboración de la filosofía crítica, necesariamente llega a la conclusión de que el hombre autor de ese sistema no podía ni debía ser de otra manera, ni otra distinta podía ser su actitud frente al mundo que lo rodeaba. Al respecto apunta Kuno Fischer en su famosa biografía sobre el filósofo: "No hacer nada que sea contrario a su fin, determinar toda acción según su finalidad y con la conciencia de ésta realizarla, es para él una necesidad tan natural como moral, que no puede menos de satisfacer en todos sus puntos y en todas partes. En su filosofía y en la vida práctica fue siempre el hombre de principios. Jamás hubiera sido el filósofo que fue, si también no hubiera sido, aun en todas las pequeñeces de la vida, el hombre que supo ser. En esto consiste la independencia y la regularidad de su vida. Es independiente porque se apoya en sus propios principios, y es metódico porque obra con arreglo a ellos".

Precisamente, a propósito de la lectura de la obra biográfica de Kuno Fischer, recientemente recibida en la Biblioteca de la Universidad Católica Bolivariana, aparece en esta sección de la Revista el presente apunte bibliográfico. Se trata de la reimpresión que la "EDITORIAL LOSADA" de la ciudad de Buenos Aires ha lanzado para el público filosófico de la América Hispánica de la traducción que directamente del alemán hiciera de la "Crítica de la Razón Pura", el notable filósofo y publicista cubano don José del Perojo. La traducción del Sr. del Perojo tiene el mérito de haber sido la primera vertida directamente del original alemán sobre la obra de Kant. No fue poca la importancia que este trabajo revistió en el desarrollo del moderno movimiento filosófico de la Península, que por cierto en la edad contemporánea ha producido frutos tan e-

gregios como los de Ortega, García Morente, Gaos, Zubiri, y otros igualmente ilustres. La gran revolución racionalista de Descartes, el fulgurante esplendor de la inteligencia leibniziana, el laudable intento de Cristian Wolf, las destructoras arremetidas antidogmáticas de la filosofía inglesa, es decir, los más insignes y próximos antecedentes del pensamiento kantiano, permanecían para España casi ignorados. Hasta ya muy avanzadas las postimerías del siglo XIX apenas si era conocida allí la filosofía crítica, precisamente por esa desconexión cultural y científica en que se encontraba España en relación con el movimiento filosófico del resto del Continente. Fue entonces cuando el Sr. del Perojo, secundado por otros hombres eminentes, tales como Revilla, Montoro y Pompeyo Gener, emprendió una obra restauradora, iniciando la publicación y divulgación de las grandes concepciones de la filosofía moderna, empezando por Descartes y Espinosa. En verdad el Sr. del Perojo no llegó a terminar la traducción de la obra kantiana, pero en todo caso no puede negarse que su labor desinteresada e intelectualmente apostólica produjo benéficos resultados, clarificando el ambiente cultural de España y logrando, como él mismo lo dice en su advertencia introductiva a la traducción de Kant, "desenmascarar el krausismo", sistema filosófico que por entonces dominaba por completo en las aulas de la Universidad española.

Los estrechos límites de una breve reseña bibliográfica, no permiten en manera alguna afrontar un ensayo crítico sobre la obra de Kant traducida por del Perojo, aun en la hipótesis de que quien esto escribe estuviera en capacidad filosófica de hacerlo. Por lo demás, ello parece inútil y superfluo cuando se trata de un libro de esta naturaleza, publicado hace ya ciento cincuenta y ocho años y que constituye sin lugar a duda una de las piedras angulares de la filosofía moderna. Fuera de esto, es de suponer que la "Crítica de la Razón Pura", al menos en cuanto dice relación a su dirección fundamental, a su significado e influencia en la Historia de la Filosofía es conocida por la mayoría de las personas que en razón de su formación intelectual y espiritual dedican su atención a la lectura de Revistas de índole semejante a la de la U. C. B. No obstante, para gran parte de esos mismos lectores, cuyas preocupaciones apenas alcanzan a un *mínimum* de inquietud tendiente a satisfacer una necesidad de mera información cultural, la edición de la EDITORIAL LOSADA reviste excepcional importancia e interés debi-

do a la biografía de Kuno Fischer que precede a la traducción del Sr. del Perojo. Es una obra corta (90 págs.), sintética, profunda y a la vez sencilla, de tal manera que la claridad y la llaneza del estilo, el orden y la nitidez de la exposición, aun en la parte en que estudia los orígenes de la filosofía crítica, sus nexos y divergencias con los antecedentes inmediatos de la filosofía inglesa y continental, y, en definitiva, su propio significado y trascendencia, hacen perfectamente comprensible la ilación conceptual del biógrafo-filósofo y colocan al lector, aun apenas iniciado en la disciplina, en capacidad de aprisionar intelectualmente las bases fundamentales del kantismo, siquiera sea desde un punto de vista puramente cultural.

La parte estrictamente biográfica es realmente encantadora. Puede decirse, si es permitida la expresión, que el relato está hecho amorosamente, con apasionada solicitud. Fischer bebó en las fuentes próximas del kantismo y fue, por cierto, uno de los más insignes restauradores del verdadero espíritu filosófico en Alemania, especialmente por sus trabajos históricos sobre los principios de la filosofía moderna. Su relato está apoyado en las mejores fuentes biográficas sobre el filósofo de Koenigsberg; abundan en él los detalles interesantes, las anécdotas de profunda significación, los conceptos precisos y justos. No se encuentra en Kuno Fischer el ditirambo ni la hipérbole que elogia desmesuradamente, apenas un suave y tranquilo relato que ofrece al lector una visión de conjunto realmente admirable como estimulante para el espíritu que ama la apacible grandeza de los hombres que dedicaron su existencia al ejercicio primordial de la vida interior. Kant aparece al través de las páginas de Kuno Fischer como un héroe singular, un heroico titán del pensamiento, un esforzado paladín de la razón y de la ética, hasta el punto de que el lector llega a convencerse de que fue este hombre un verdadero paradigma de la especie en ese sector de la realidad en que el ser humano, en razón de la constitución de su naturaleza, fue colocado como protagonista del acontecer universal. Por su actuación humana, por el dominio absoluto que llegó a ejercer sobre sí mismo, Kant es también heroico en el campo de la moral racionalista, revelándole el biógrafo como un hombre éticamente perfecto. Jamás las concupiscencias hallaron eco en su espíritu; ante nadie se doblegó, ni cedió una línea para complacer obscuras intenciones. La pulcritud de su conducta, la decencia immaculada, mas no ingenua o beata, de su persona, la bondad humana de

su corazón le convirtieron para la historia en un ejemplo vigoroso de justicia y honor. Yo, por mi parte, he logrado extraer de esta lectura biográfica saludable influencia: he llegado a comprender con más intensidad que nunca la superfluidad de lo aparente, lo vano de la loca aspiración al dominio y posesión de lo externo y secundario a costa del sacrificio despiadado del patrimonio del espíritu, en fin, he pensado con gran alegría que sólo la intensidad, la autenticidad y la riqueza de la vida interior pueden librar temporalmente al hombre de la tremenda insuficiencia de la materia.

Luis Ceballos Uribe.

HISTORIA DA COMPANHIA DE JESUS NO BRASIL. Por Serafim Leite, S. J. Lisboa: Libreria Portuguesa. 1938. En dos volúmenes.

El archivista brasileiro Capistrano de Abreu manifestó en cierta ocasión que jamás se podría escribir una historia exacta del Brasil sin considerar la actuación de los padres jesuitas en ese país. Más de 30 años transcurrieron para que el padre Leite aceptase el reto de Capistrano y publicase los dos primeros volúmenes de su obra *Historia da Companhia de Jesus no Brasil*. Describe en ella tan admirablemente el establecimiento de la Orden en la América Portuguesa y el éxito obtenido durante el siglo XVII, que si los tomos restantes son como los que ahora comentamos, la historia de los padres del Brasil habrá sido analizada definitivamente.

Aparece el libro en una época propicia para la rehabilitación de los jesuitas portugueses; pues se celebran en este año, el aniversario de la fundación de Portugal (1139) y en 1940, el de la Orden. Teniendo presentes estos faustos acontecimientos, el padre Leite ha estado trabajando diligentemente en su tarea. En los dos primeros libros, aparecidos ya, prefiere las cuestiones económicas a la hagiología y los hechos históricos a la propaganda religiosa. Todos aquellos documentos inéditos conservados por la compañía en Roma, Portugal, Brasil, España, Francia y los Países Bajos, fueron utilizados inteligentemente en la elaboración de sus conclusiones imparciales. La excelente calidad de su presentación bibliográfica constituye, por sí sola, un monumento a la metodología de su Orden.

El historiador moderno que desee tener éxito no debe limitarse a registrar fechas y hechos; está obligado a estudiar las ideas

y tendencias políticas que a la luz de desarrollos posteriores explican el carácter y adelanto del período en que actúa. Siguiendo este gran método, el autor ve más allá de las minucias cuando estudia el establecimiento de 15 fundaciones prósperas en el sorprendente período de 50 años (1549-1600). Al examinar a fondo el papel económico-social de los primeros jesuitas, presenta en primer término la controversia surgida a raíz de los medios de sustento, y dedica especial atención al decreto de 1564 por el cual se concedía rentas reales y propiedades raíces a la compañía en Bahía. La solución que el autor dé a este asunto será, claro está, un factor importantísimo en el intrincado problema de los títulos de propiedad raíz en el Brasil, cuestión que estudia desde un punto de vista social, en relación con la tradición patriarcal y con el movimiento que tuvo como objetivo principal salir en busca de los indios para su instrucción, lo que motivó el desarrollo de la *aldeia* campestre sobre el *colégio* de la ciudad.

Al rededor de esta estructura se registran la epopeya del éxito y los viajes terrestres de los padres entre Pernambuco y San Vicente, primeramente en barcos reales; y más tarde, con el crecimiento de su sistema económico, en naves de su propiedad. Detalla el autor las *entradas* al interior y la biografía de sus líderes; pero será conveniente en este punto, un itinerario más conciso de los viajes efectuados por el padre Nobrega. Describe admirablemente la acción desplegada en la edificación de ciudades brasileras, la vida diaria en las aisladas aldeas, y hace especial mención de Francisco Dias, jesuita, primer arquitecto del Brasil. Sin embargo, el único problema no estudiado en estos volúmenes, es el referente a las relaciones de los padres del Brasil con las demás órdenes allí establecidas, y con los jesuitas de la América hispana. Es de esperarse que aspecto tan interesante sea desarrollado convenientemente en los tomos que vienen.

El padre Leite redacta apenas un capítulo de la historia de los jesuitas portugueses; queda aún por escribir toda la historia de sus ministerios en Africa y Oriente. Para completar el estudio acerca de la colonización portuguesa, es preciso incluir la actuación de las otras órdenes religiosas, dando así un importante paso hacia la realización del ideal de Gilberto Freyre: una cultura y una historia panlusas.

Robert C. Smith.
University of Illinois.

En su retiro de Auteuil, Henri Bergson, está ahora epilogando su vida y su obra. Después de influir vigorosamente en el pensamiento filosófico contemporáneo, su cuerpo es apenas un débil fardo a lomo de su alma. El mismo ha declarado al advertir que quiere dar una conclusión a su sistema para los que no han deducido esas conclusiones. Empero, le ha tocado el raro honor de presenciar en plena lucidez mental el debate que se libra hoy en torno a su filosofía por todos los continentes.

La obra bergsoniana, con ser una reacción frente al positivismo Spenceriano, que abasteció su adolescencia filosófica, ha removido polémicas profundas en todos los sistemas. Podría decirse que huyendo de la metafísica llegó a una metafísica dinámica que plantea interrogantes en todas las latitudes del pensamiento. Harto es que en la tierra cartesiana un hombre de las condiciones ejemplares de Bergson restaure para el espíritu humano un itinerario mucho más alto que los hechos. Y con su estilo a ras de nube desde donde cobran nuevo vigor todos los símbolos arrogantes.

Hemos entendido que Bergson tiende primordialmente a superar el método Kantiano por no decir todos los métodos. Y que no es posible columbrar todas las perspectivas bergsonianas sin haber antes fijado una posición frente a Kant. Porque en la confusión de los conceptos de espacio y tiempo está implícita no sólo una concepción sino un método, que empieza a ser la gran controversia de nuestro tiempo, surcado por corrientes filosóficas cuya vertiente no permanece fiel a su cauce sino que se desprende en múltiples canales hacia la concepción de la historia, la sociología, la biología y hasta el derecho.

Bergson al establecer cómo hay no sólo una distinción sino una oposición entre esas dos ideas, ha escindido, tal vez no antes, pero simultáneamente con otros, la urgencia de distinguir dos métodos: el cultural y el natural. Kant es el método de las ciencias naturales aun cuando se haya pensado que allí cabía la totalidad. Con el método natural tenemos peligros prácticos en las ciencias del espíritu. (La identidad por ejemplo entre el número matemático y el histórico, el número aplicado a la extensión y el del tiempo, tan sagazmente estudiado por Oswald Spengler).

El carácter de irreversibilidad del tiempo contraría abiertamente la yuxtaposición del espacio, afirma Bergson: "Cierto es que en toda medida interviene lo convencional, y

raro es que dos cantidades llamadas iguales sean directamente superponibles entre sí; con todo, es necesario que la superposición sea posible por uno de sus aspectos o de sus efectos, que conserve algo de ellas; este aspecto, este efecto es lo que se mide. Pero, en el caso del tiempo, la idea de superposición implicaría un absurdo, pues todo efecto de la duración que sea superponible a sí mismo y por consiguiente mensurable, tiene por esencia el no durar". ("El Pensamiento y lo móvil").

No es este el tiempo para replicar tal vez no las conclusiones pero algunas premisas que sustentan la teoría de la intuición de Bergson porque sólo anotamos la influencia caudalosa de su filosofía en muchas tendencias contemporáneas. Ya Augusto Messer reparaba cómo un movimiento infinitesimal no es inmóvil. ("La filosofía actual").

La intuición como fundamento de una metafísica totalizadora, que es la consecuencia más importante, a nuestro modo de ver, de la filosofía de Bergson, se desprende de aquellas distinciones en que aparece lo biológico rompiendo en oleajes inaprehensibles por entre lo físico y lo psíquico, escurriéndose a todos los métodos intelectualistas. El vocabulario de Bergson cuajado de sugerencias maravillosas recorre entonces por la esfera de los símbolos su ruido sinfónico. El "elan vital" circula por toda su obra con cierta fragancia demoníaca, casi con calidad sanguínea, solicitando a la vez una psicología y una gnoseología diversas de las científicas o conceptuales.

Su repudiación al conocimiento es una reacción antirracionalista con sus consiguientes contradicciones pero con excelentes y firmes tópicos para muchas ciencias. Porque el adjetivo de *real* adherido exclusivamente a lo *vivido* es una conclusión que destruye muchas de sus propias premisas y tal vez sea excesivo concluir de la insuficiencia de los conceptos la realidad exclusiva de lo *vivido*, funambulando sobre el positivismo que rehuye el gran maestro. En esa forma se arriba a otra especie de racionalismo en que sólo lo concebible puede ser objeto de intuición.

Estas anotaciones nos sirven para señalar la calidad del homenaje de la Universidad Nacional de Córdoba en la Argentina a Henri Bergson. Tomados los más encumbrados aspectos de su filosofía, puede afirmarse, se ha realizado un escrutinio radical de los contenidos bergsonianos.

El Dr. Alejandro Korn en una síntesis admirable señala las directrices fundamentales del pensamiento de Bergson para in-

ducir la obra. Angel Vasallo aboca radicalmente el tema: "Bergson y el problema de la Metafísica", estableciendo un deslinde y amojonamiento de Bergson con otras escuelas. El estudio del profesor Vasallo es el de un expositor que ha manejado habitualmente los valores de la filosofía y que ha vivido la posición bergsoniana, no como dilettante sino como hombre vocacional.

El profesor Raúl E. Orgaz expone "Los fundamentos sociológicos de la Moral de Bergson" en un ensayo de verdadera recreación porque de las premisas del maestro arranca las bases de una sociología. La ardua tarea de interpretación es asumida por Orgaz con toda la plenitud de un maestro que no ve en Bergson solamente lo que dicen las letras sino esa evolución creatriz que sirve de fundamento a la debatida ciencia.

"Un punto de vista de la filosofía bergsoniana: Charles Peguy" es el estudio del profesor Emilio Guirán lleno de sorpresas literarias y de pensamientos desconcertantes en torno a uno de los más ilustres intérpretes de su filosofía.

"Spencer en Bergson" intitula el Dr. Raúl Bustos Fierro un denso estudio que compendia todo el movimiento filosófico del siglo pasado para hacer una esmerada filiación bergsoniana.

Enrique Martínez Paz escribe "Dios en la Filosofía de Henri Bergson" destacando las conclusiones teológicas que son posibles en el pensamiento del maestro.

R. Nieva: "Notio synthetica temporis apud Henri Bergson", severo estudio en torno a los fundamentos de las teorías de Bergson.

"El Intuicionismo bergsoniano en la Filosofía del Derecho" es el estudio del profesor Alfredo Fraguero que es uno de los más repletos de sugerencias. Busca en las nuevas construcciones jurídicas el elemento bergsoniano, particularmente de Geni quien trata de conciliar en su sistema lo que es en Bergson conflicto insoluble: inteligencia e intuición. El estudio del profesor Fraguero es uno de los más interesantes que hemos encontrado en esta obra de homenaje.

El problema de la religión en Bergson es un magnífico estudio del Dr. Raúl V. Martínez. Se trata de un ensayo a fondo particularmente sobre la obra de Bergson "Los dos fuentes de la moral y de la religión", en la que aparece el elemento intuitivo en la mística religiosa que empalma a Bergson, aun cuando parezca temerario, con la patristica cristiana.

La esencia ética es un corolario de la

posición bergsoniana porque sólo en el área del *deber* se puede desatarse esa intuición de lo místico. Lo expresa bellamente Ortega y Gasset cuando afirma que "El deber ser es el clima del hombre como el ecuador es el de las palmeras".

El Instituto de Filosofía de la Universidad de Córdoba tendría con este fornido haz de estudios para acreditar su preocupación por los problemas de la filosofía.

Abel Naranjo Villegas.

LAS LITERATURAS AMERICANAS

El Instituto de Cultura Latino Americana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires ha empezado a lanzar una serie de publicaciones sobre las literaturas americanas bajo la autoridad de las más ilustres firmas del continente. El solo enunciado de los nombres de Luis Alberto Sánchez, Alberto Zum Felde, Tristán de Athayde y Mariano Latorre (los libros de estos últimos aparecerán próximamente) asegura la excelencia de la obra emprendida por el director del gran Instituto, doctor Arturo Giménez Pastor.

"LA LITERATURA DEL PERU"

Luis Alberto Sánchez

Luis Alberto Sánchez, —catedrático, periodista, político y publicista peruano— es el conferencista y autor de "La literatura del Perú".

En sus vigorosos trazos cobran vida todos los hombres de letras y los sucesos literarios del Perú, para asistir a procesos críticos —sumarísimos— que rematan en fallos sintéticos, inteligentes y —la mayoría de las veces— justos. Pero no siempre contienen este último elemento, por la militancia política y social poco disimulada. Es un libro de tendencias que su autor no se afana por encubrir: "de ningún modo creo ni creeré que la pasión y el jaeo sean factores antiestéticos. Acaso lo que hoy nos parece serenidad no sea sino mansa espuma presente de un pasado día de tempestuosas olas. Falsedad de perspectiva que reviste a la momia de indiferencia perpetua como si nunca hubiese amado y odiado con la fuerza de su sangre y el ardor de su juventud". (p. 180).

Desde sus primeras páginas, en su toma de posiciones estéticas, advierte su desdén por la "torre de marfil" de los antiguos poetas. Sitúa la literatura dentro de la Sociología: "y si la vida crea, en cuanto asoma, belleza, la nueva forma de considerar la literatura —expresión superestructural según el dogma marxista— es ya una faceta inédita de la Sociología; es una ciencia o un método que debe optar un nombre adecuado e intrasferible: por ejemplo, el de *Socioliteratura*". (p. 15).

Otra peregrina tesis con que sorprende al lector es esta: "*Literatura peruana* no es exactamente lo mismo que *literatura del Perú*". La primera de estas clasificaciones se refiere a la expresión literaria típicamente, esencialmente peruana, saturada de ingredientes peruanos, con mayor concavidad nativa —sin incurrir en el novitismo sistemático—. Ser *literato del Perú* puede no pasar de una casualidad geográfica. Ser *literato peruano* implica, además, una identificación con el medio ambiente".

Y para completar esta novísima teoría, enuncia —lo que él llama— su primera herexia crítica o socioliteraria: "Hubo *literatura peruana* sólo hasta entrados los primeros cincuenta años de la conquista española (pese a la duda de la existencia de la "litterae", de letra, antes de la llegada de Pizarro al Perú, con quien por lo demás no advino la letra sino la iletralidad). Entonces sobrepusieron elementos importados, ajenos al genio del país, en una ola de imitación postiza, epidémica que ha durado, con raras pausas, hasta hace menos de treinta años. A partir de 1916, la inquietud vuelve a crear una *literatura peruana*".

Para presentar a la verdadera "literatura peruana" tiene Sánchez que internarse en un laberinto de leyendas incaicas, que van revelando la existencia de los "haravecs" o poetas indígenas que animaban con sus cantos los "taquis" o bailes nacionales, que habrían de evolucionar hasta un rudimentario teatro. Cuenta de un emperador-poeta, Pachacutec, y de "amautas" —filósofos— quienes, tal vez, —por su filosófica conformidad— facilitaron la rápida invasión hispana. Sin embargo, las inquisiciones que sobre estos particulares hace Luis Alberto Sánchez, no pasan de mera adivinación, ya que la clave de la escritura incaica aún no ha sido descubierta; y, según él mismo lo dice: "el quipu espera aún al Champollion y al Opert que revelen su secreto".

Al describir el vagido de la literatura de los conquistadores considera que ésta se limitó a cantares regionales. Y el hecho de que en los primeros tiempos sólo se hubie-

ran escrito crónicas; casi siempre adúlteras de los "muy ilustres....", encuentra la siguiente explicación: sin lírica, por la ausencia de mujer amada (porque la india —según la opinión de Sánchez, tan distinta de la de Maeztu— no ocupó nunca el corazón de los conquistadores); y sin épica, porque —personalísima opinión del mismo— la conquista "fué paseo inquieto, pero paseo al cabo", mero turismo inglés; de modo que, a la crónica fueron a dar necesariamente los pseudodecálogos.

Entre los cronistas descuella el insigne Garcilaso Inca de la Vega, síntesis de sangre española e india, de España y América, de latines y mitologías incaicas, de tizonas y cogullas.

La copla vulgar se va haciendo bachillería; y los frailes emigrados componen épica mirando textos de Horacio y Ariosto, cuando las auras renacentistas llegan hasta los muros de la villa limeña. Se van inaugurando las universidades, cuajando las tertulias literarias y abriéndose las talegas virreinales en dadivoso mecenazgo.

El siglo XVII marca la importación de Góngora. El poeta cordobés, "divino pastor de imágenes", en criterio de Sánchez "es inocente de todo delito poético americano". Los culteranos limeños hicieron degenerar sus metafóras e imágenes, de atléticos retorcimientos ornamentales, a tristes piruetas de "clown". No obstante, Juan de Espinosa Medrano, un mestizo apodado "El Lunarejo", en su "Apologético en defensa de don Luis de Góngora" produjo un espléndido ejemplar gongorino.

Amarillis, que sostuviera correspondencia lírica con Lope de Vega, es dueña de una florida y noble inspiración. Pedro de Peralta, "El Pico de la Mirándola" peruano sobresale entre la chismorrera comparsa de bachilleres, rábulas y croniqueros.

El siglo XVIII presencia el desvanecimiento del vasallaje a Góngora, y la ascensión de una nueva dinastía: la Enciclopedia.

Hacia mitad del siglo XIX irrumpe estrepitosamente el romanticismo europeo, sin que la materia prima romántica sea sometida a ninguna elaboración criolla: huríes, sultanas y templarios hacen abordaje en las cuartillas peruanas. El pretérito inca y la selva, verdaderos filones para un romanticismo peruano, son desechados sistemáticamente. (Constantino Carrasco es de los pocos que explota esta cantera). Los de mayor comprensión se quedan rondando el siglo XVIII —lejanía temporal—, sin que ninguno quiera retirarse del virreinato limeño —lejanía espacial—. Para acompañar su vida a la de sus modelos —Byron, Espronceda, el Fígaro—

viven desventuras imaginativas, mientras devengan succulentas nóminas burocráticas.

A pesar de sus aficiones humanistas, Paz Soldán es romántico, romántico gruñón. Ricardo Palma, compiló sus "Tradiciones peruanas" —que algunos han llamado "Tradiciones limeñas"— donde aparece una Lima convencional, picaresca y fastuosa como un Versalles criollo.

El año de 1884 es la muerte del romanticismo: "Perú había soportado el gran dolor de su historia libre; la guerra del Pacífico. Ahí rompióse el epitalamio del literato romántico y su inveterado lejanismo. La cercanía surgió, con caracteres cruentos, a los ojos de los menos perspicaces. Había terminado la luna de miel con las huríes y sultanas. La realidad dejaba ver sus perfiles rotundos. La india, la mestiza, la chola sustituyeron a la hurí. La "rabona" o soldadora, a la "castellana inaccesible en su historiado torreón". El indio rijoso y dolido, al "caballero templario".

Jefe indiscutible de esta nueva generación realista es Manuel González Prada, el insurgente autor de "Páginas libres" (donde se revoluciona hasta la ortografía). Provincialismo, ateísmo, indigenismo fueron las doctrinas gonzalezpradescas, y son las de Luis Alberto Sánchez.

Chocano, modernista bastante discoló, a gritos de trompeta enfática no de violín verlainiano— anunció un americanismo exterior, paisajista, de colores violentos —no mediastintas mallarmeanas—.

A principios de siglo se revela otro contingente literario, nutrido del pensamiento francés: Francisco García Calderón, quien recibió a Francia al estilo rodosiano; José de la Rica Agüero, selecto historiógrafo; Ventura García Calderón de la prosapia de Barbey d'Aureville, Huysmans y Villiers de L'Isle Adam hasta en sus cuentos indígenas; José Galvez, poeta de tono menor, etc.

José Ma. Eguren, capitán de un clan simbolista; Valdelomar y Mariátegui, patronos del movimiento de los "colónidas", y algunos del grupo arielista —como Galvez y Belaúnde— fueron los factores principales de la Reforma Universitaria de 1919. Tres grandes poetas —César Vallejo, Alberto Hidalgo y Alcides Spelucín— aparecen en los últimos años.

La parte final del libro de Sánchez es un memorándum aprista con un pretexto literario. Abre del todo las compuertas de su rencor de emigrado, que pudiera haber vertido en un panfleto político.

Cuánto más se hubiera alquitarado la fina crítica de este volumen si su autor lo hubiera desembarazado de su biografía, política, su laicismo, marxismo y antiespañolismo.

"LA LITERATURA DEL URUGUAY"

Alberto Zum Felde

El segundo volumen de la colección lo forman las conferencias literarias dictadas por el doctor Alberto Zum Felde. Su personalidad desde hace tiempo está reciamente definida como sociólogo, crítico, literario, filósofo, profesor universitario, esteta y autor dramático.

El libro es una certera síntesis de la literatura uruguaya. Resalta su claro propósito de huir de todo alarde erudito. A prolijos investigadores deja la engorrosa labor de las fechas exactas, de los estrictos catálogos de obras y autores, y la empalagosa siembra de citas académicas. Desecha toda digresión inoportuna. Es un libro sobrio, claro y denso.

Para sus cursos prefiere el método genérico al cronológico, dedicando un capítulo para historiar cada género literario; dos capítulos previos, que ofrecen una visión de conjunto, aseguran la eficacia de su método.

Teniendo en cuenta el carácter y limitación de sus conferencias, Zum Felde, pasa sin mención los nombres de los letrados de los primeros tiempos uruguayos. Con esto se ahorra ese terrible bucear y deshilvanar infolios coloniales a que se obligan los historiadores de literaturas americanas. Búsqüeda por demás infructuosa porque, exceptuando los ya señalados nombres de Sor Juana Inés de la Cruz, el Inca Garcilaso y algunos más, bajo el imperio de España nuestro continente produjo poco más que píos fabricantes de novenas y villancicos y cronistas de poco vuelo.

La obra literaria de la Colonia sólo guarda interés para insaciables eruditos, exploradores de curiosidades históricas. El bravo terreno de América sólo puede alimentar una raquítica vegetación intelectual. Y hubo zonas donde hasta ese minimum cultural se hizo en extremo tardío. Una de éstas —al contrario del Perú— fué el Uruguay.

Aparece como causa de lo anterior el carácter puramente militar de Montevideo. Por la plaza fuerte del Plata no pasó "el aluvión de clérigos letrados que la España del Renacimiento y la Contra-reforma lanzó sobre sus colonias del Nuevo Mundo". Y al operarse el tránsito de la vida estrictamente militar a la vida civil, ya no emigraban los bachilleres engolados y gongoristas de tradición compostelana o salmantina, sino —bajo el signo del liberalismo borbónico— hábiles comerciantes burgueses.

En 1833 estabilizada la república, la "Ca-

sa de Estudios" de fray Benito Lamas, con sus cátedras de filosofía, latinidad y jurisprudencia, fué como el pregón augural de la cultura uruguaya. Sin embargo, las bases escolásticas y humanísticas de la primera generación universitaria donde aún palpaba el espíritu de España, fueron desplazadas por las arengas revolucionarias y románticas que traían los libros franceses. Por las sendas idealistas de Chateaubriand y Víctor Hugo enrumbaron los primeros escritores platenses. "Su obra literaria en sí misma fué mero reflejo de la literatura europea, cuando no un calco de ella. Desde Echeverría y Andrés Lamas hasta José Mármol y Juan Carlos Gómez, sólo lograron, aquellos próceres, vestir con las plumas del indio y el chiripá del gaúcho a los héroes sentimentales de la novela o del poema románticos europeos, convertidos a fin de tanto manejo libresco, en meros títeres convencionales sin vida propia" (p. 20).

Cuando toda Europa había ya certificado la defunción del romanticismo, aún continuaba éste vigorosamente en América. Los hombres que habían logrado aclimatarlo en el Nuevo Mundo se habían retirado ya; pero una nueva generación romántica acababa de recibir los mitos y las fórmulas de sus padres, poniéndoles al uso con leves retoques.

El neo-romanticismo uruguayo apareció en 1880 sobre los sillones del "Ateneo", academia político-literaria, pero con gran recango en el primer elemento; por esto, surgieron de allí eminentes estadistas, pero ningún valor literario. (Zorrilla de San Martín y Acebedo Díaz, los mejores de esta generación, no fueron ateneístas).

La segunda promoción romántica, apegada a sus antiguos métodos, no quiso aceptar las nuevas doctrinas que reventaban en Europa. Ni el positivismo y cientifismo filosófico ni el naturalismo literario hallaron cabida bajo los portales del Ateneo de entonces.

Fué necesaria otra nueva generación —al alba del siglo XX— para que Herbert Spencer y Emile Zola pudieran anclar en el Plata.

Y a principios del siglo, con Vaz Ferreira como vocero de la filosofía positivista; Viana, Royles y Sánchez como adalides del realismo y del naturalismo en la novela y el teatro; Herrera y Reissig y la Agustini como corifeos del simbolismo poético, el Uruguay logró continuar, siempre a la distancia, su carrera de satélite de Europa. Verdad que allí todo eso iba batiéndose en retirada... pero nuestra América ha vivido siempre a la penúltima moda.

La poca actividad intelectual del pasado siglo puede explicarse por la carencia de una tradición universitaria y por las múltiples contiendas civiles. Los hombres de letras del siglo XX son los que verdaderamente realizan la historia literaria del Uruguay: de no ser por algunos nombres brillantes del ochocientos, sólo habría un capítulo: la época contemporánea.

En maravillosos enfoques, Zum Felde, pasa revista a la novela, el teatro, la didáctica, el ensayo y la poesía. "Caramurú", la novela primogénita del Uruguay, disparatado folletín cuyo héroe, un bravo gaucho, no tiene de gaucho ni el nombre, que es en realidad, indígena. Eduardo Acebedo Díaz, controlado romántico, en cuya novela "Ismael" "hallase en embrión una *Miada* o un romancero que no fueron escritos". Javier de Viana, de la escuela naturalista, con sus frustradas pretenciones de novela experimental. Carlos Reyles, "gentlemanfarmer", príncipe de las letras platenses, quien extrajo de la estancia cimarrona la materia prima de sus novelas criollas, en las que campea un realismo de estirpe hispánica en reemplazo del realismo balzaciano entonces en boga. Autor del "Embrujo de Sevilla", aguafuerte de la hispano-arábiga novia del Guadalquivir, con todos sus toreros y cantoras, novilladas y cofradías, coplas y claveles, saetas y estocadas. El disputado Horacio Quiroga, gaucha prolongación de Edgar Allan Poe, extravagante en su obra ("Los aparecidos de coral") y en su físico de sortilego encantador de serpientes.

El teatro uruguayo propiamente dicho, sólo aparece en "Camila O'Gormann" de Heracleo Fajardo, melodrama de filiación hugoniana, donde la iracundia contra el tinajo Rosas y la truculenta imaginación romántica desfiguraron los hechos históricos. El estreno de "M'hijo el Doctor" (1903) de Florencio Sánchez —también en disputa entre la Argentina y el Uruguay— fué la carta de ciudadanía del teatro uruguayo. Sánchez supo manejar los problemas nativos con inteligente realismo. Decae al tratar asuntos universales; sus dramas de mayor acierto son, precisamente, aquéllos que contienen menos dosis de influencia de la dramaturgia europea. El malogrado Ernesto Herrera, creador de "El León Ciego" de trágico y amargo realismo. Pedro José Bellán, iniciado bajo el signo de los anteriores, quien viró rápidamente hacia el teatro simbólico y superrealista.

En la didáctica y el ensayo, tal vez la única figura de relativo valor que pueda colocarse antes —cronológicamente, se entiendo— de José Enrique Rodó, es Andrés

Lamas, de corte más clásico que romántico.

El idealista y parnasiano Rodó recogió el orgullo latino de nuestra América y la juventud iberoamericana interpuso las cinceladas páginas de Ariel a las barbas de sátiro del Tío Sam. El cristiano-paganismo de Renán y la estética de Taine influyeron demasiado sobre él perjudicando la originalidad de su obra.

Como posición ideológica adversa a la de Rodó parece levantarse la de Reyles —cuyo nombre se repite bajo este aspecto—. Los ídolos humanistas y franceses del anterior son trocados por Nietzsche, cuyas doctrinas sobre la voluntad son puestas al servicio de la actividad utilitarista ("La muerte del Cisne"). El filósofo Vaz Ferreira, consagrado maestro, quien en su infatigable despliegue mental, ha dado las fórmulas conciliatorias del intelectualismo y el vitalismo.

Animadamente recorre Zum Felde el difuso proceso del folklore uruguayo con sus dos raíces española e indígena (cielitos, vidalitas, tristes, diálogos). En la poesía académica contempla la epigramática y pseudo-clásica Musa de esponjadas crinolinas retóricas de Acuña de Figueroa, y las melancólicas pero grandilocuentes musas de la primera generación romántica. "Tabaré", el poema épico-lírico de Zorrilla de San Martín, redimió la poesía romántica del Uruguay. El indio charrúa, que heredó de su madre española el verde de sus ojos y su nostalgia, fué creado por Zorrilla entre un farrago de leyendas y elaborado documentalmente en contacto directo con la naturaleza y el espíritu de los aborígenes. Aunque, según Zum Felde, Tabaré "es hermano de los personajes de Chateaubriand, Lamartine y Hugo" y —en concepto del mismo— pertenece a la generación *ossianica*, es el verdadero indio americano y actúa en un medio —la selva— de una americanidad indudable. Nada tiene que ver con esos maniqués trasplantados, que los escritores románticos de América, arrancaron de las novelas históricas europeas, y en donde, detrás de sus plumas de guacamayas aún se adivina el plumón de la cimera, la tizona a través del arco flechero, y la coraza caballeriza bajo la aérea paruma.

El inmenso Julio Herrera y Reissig, iniciado en los cenáculos cabalísticos de Mallarmé y fugado al pórtico de mármol de Gautier y Lecomte. Sin embargo, fué parnasiano con rezagos simbolistas: "debajo del traje suntuoso, recamado de pedrería, palpita una vida profundamente emocional, por el cuerpo perfecto de sus estrofas corren venas de sangre, de sangre azul, quizás, pero delicadamente lírica" (p. 134).

Compartió con Herrera la palma del canto de principios de siglo, la poetisa Delmira Agustini, cuyo verso de erotismo cerebral conjuga —en imágenes novedosas— el deseo de una hurfí con el raciocinio sombrío de una aprendiz de vidente.

El pequeño libro de Zum Felde, aligero, profundo, metódico nos evita la lectura extenuante de copiosos volúmenes de Literatura Uruguaya.

Baltasar Uribe Isaza

"MOCHIC"

Por Arturo Jiménez Borja

Prólogo de Hildebrando Castro Pozo
Stadium — Lima, Perú, 1938

Arturo Jiménez Borja, joven arqueólogo y polígrafo peruano, ha sumado en su bello libro "Mochic" sus investigaciones sobre la cultura mochica, creada por una raza de espíritu claro y valiente que pobló el litoral norte del Perú, centurias antes que los Incas.

Con un estilo de incomparable fluidez y riqueza, el autor se adentra profundamente en el paisaje psicológico de este pueblo fuerte y gentil, haciendo converger hacia la admirable síntesis del libro sus observaciones en dos campos bien disímiles: el análisis de los ceramios, por su aspecto pictográfico y escultórico, de una parte, y de otra, la inducción basada en las características sociológicas de los actuales descendientes de los antiguos mochicas, pobladores como ellos "de la tierra húmeda de los valles, casi junto al mar".

Y es el mar el que suministra el ligamen profundo que une aquellos dos haces de experiencias; el mar, desierto líquido, que prolonga el desierto árido de la costa. Parte primordial de los ideogramas trazados en los ceramios mochicas hace relación a este desierto. De su fauna sacó la imaginación de los artífices primitivos sus monstruos retorcidos, sus motivos ornamentales, escenificación: un tardo caracol se convierte en un demonio rampante; las tímidas aves marinas en feroces anpas, y los peces adquieren miembros humanos, y esgrimen armas formidables. Igualmente, sus frisos recuerdan la vegetación acuática, o bien se inspiran en la fauna circundante.

También para los pueblos actuales tiene el mar una importancia vital; en cuclillas sobre el "caballito de totora", frágil embarcación de juncos, el cholo lo mismo hoy que hace cientos de años, se adentra en el mar,

arrastra sus redes, o lanza el arpón. El mar lo ha tornado aún más taciturno, más concentrado en sí mismo. Muchos de sus usos y costumbres actuales, tienen una raigambre de siglos. Jiménez Borja los ha estudiado devotamente, y ha captado la esencia invariable que los rige a través del tiempo. Mas esto constituye, si se quiere, un elemento secundario, una especie de control de los datos obtenidos de la cerámica. El autor, que además, es un exquisito dibujante —todas las ilustraciones del libro son obra suya— no puede substraerse a la fascinación que ejercen las figuras moldeadas o estampadas en la arcilla. Ellas constituyen su "itinerario y luz". La escultura sobre todo; pueblo eminentemente varonil, los mochicas modelaron la figura masculina con un realismo y una voluntad de expresión extraordinarios: "El artista los ha animado de una fuerza extraña, y así la risa, el desdén, el grito, están desde hace siglos palpitando sobre la arcilla".

Esta nota de admiración por lo masculino se traduce, no solamente por el papel heroico que se asigna a la figura femenina en el arte mochica, sino también por la carencia de repugnancia por lo feo o lo desagradable; los artistas llegaron en muchas ocasiones a la representación de lo teratológico o lo francamente repulsivo; mas, como dice el autor, regresan de esta incursión sin mancha, pues los salva el sentido vital con que animan todos sus temas.

El cielo, el desierto, el río, los montes raquíuticos de espinos y algarrobos, la campiña fecunda por el riego, el litoral, forman los múltiples escenarios de las representaciones pictográficas, suministran un nutrido acervo de motivos, y dan ambiente a las escenas de caza, guerra y pesca. Pero los artistas no se limitan a la constatación del contorno, sino que este es muchas veces utilizado como medio mágico: los frutos de la tierra se representan en la arcilla de una exhuberancia fastuosa, para que los dioses quieran propiciar abundantes cosechas; el cazador es representado cobrando piezas codiciadas, y el guerrero atraiando los humillados prisioneros.

Todo este material ha encontrado en Jiménez Borja un intérprete sagaz, que ha sabido valorar con justeza los múltiples factores que intervienen en la creación de tales obras, ya se consideren desde el punto de vista arqueológico, sociológico o artístico. Y es, especialmente en el último en el que se incurre con mayor facilidad en una deformación del criterio, al conceder un interés predominante a la habilidad técnica, relegando a un segundo plano el espíritu, más difícil de captar, por cuanto su esencia se diluye en innumerables manifestaciones

y fenómenos. Porque, para citar al autor por última vez, "para poder entender esta voluntad de forma que anima los vasos mochicas es necesario conocer el paisaje en donde se agitan todos los personajes del retablo indio, vivir con ellos y sentir cómo, a través de los siglos, casi nada ha cambiado. Voluntad de forma es algo vivo que inflama la arcilla de estos vasos, que los anima y deja tensos como cuerda de arco, repletos de posibilidades que al dispararse se encienden en llamaradas inmensas como raros fuegos de belleza demoníaca".

Antonio Arango Vieira

LA VIDA Y LA CULTURA EN LA ARGENTINA

*Comisión Argentina de Cooperación
Intelectual, Buenos Aires, 1939*

Antonio Aita, apóstol de la argentinidad, llevó a Roma y a París el más denso mensaje de la potencia intelectual de la República del Plata. A su esfuerzo tesonero debe Europa esta Exposición del Libro Argentino, a su de inquebrantable en los valores de su patria, le debe ella mucho del auge indefinido y preponderancia innegada en los campos del espíritu, y a su ánimo cooperacionista agradece hoy América el volumen de conferencias que, ahora comentamos, pronunciadas por las más altas voces de la intelectualidad europea.

La misión y el objetivo de esta obra, mejor que nosotros lo dice el mismo Aita en su presentación de la Exposición en Roma. "La Argentina es más conocida por el bosque espeso de la fábula y de la leyenda. Se la conoce como un poderoso emporio material donde las energías jóvenes forjan con su trabajo la grandeza económica de la Nación. Pero junto a esa Argentina que trabaja y le da nombradía universal, existe una Argentina que investiga en los dominios de la ciencia, que analiza los problemas de la cultura, que plasma en líneas y formas las imágenes de su sensibilidad artística, que expresa en la melodía las emociones recónditas del espíritu. Aquí está presente esa Argentina que piensa y que sueña".

Massimo Bontempelli abre el libro con una profunda meditación en torno a la Pampa y la Cuadra. Al llegar a la Argentina, dice, se recibe la impresión "de haber llegado a una parte de la corteza terrestre

donde el protagonista ya no es más el tiempo ni la historia, sino el espacio. Este sentido obsesivo del espacio como sustancia fundamental se siente con la misma profundidad tanto en la ciudad como en el campo". Y en una bella interpretación de la Pampa, como ninguna otra hemos conocido, encuentra que "la substancia de que está constituida es precisamente la perfecta horizontalidad y siendo pues, un plano perfecto, no sigue la curva del globo, le es tangente". Con este lenguaje semi-metafísico llega a concluir inesperados corolarios; "La pampa siendo infinita nada tiene de primordial o de salvaje; la pampa es abstracta, metafísica y quizá apolínea; yo no me maravillaría si un matemático escribiera un tratado para demostrar que la Pampa es la cuarta dimensión". Y Buenos Aires, afirma Bontempelli, es un trozo de Pampa traducido en ciudad. Finaliza el gran pensador italiano proponiendo lógicamente el problema fundamental de la Argentina así: "Las condiciones por las cuales el espíritu humano se atreve a convertirse en vida son el tiempo y el espacio, y razonando siempre con el tiempo y el espacio se tiene la seguridad de llegar a lo concreto, digo pues, que el problema argentino es este: estando la Argentina hecha de puro espacio, para lograr su existencia plena debe conquistar el tiempo. La expresión actualizada del tiempo son las generaciones de los hombres". Mario Puccini estudia la lírica y la épica en la atmósfera argentina. "Hasta que el gaucho pudo recitar su fábula encendida y romántica en el silencio largo y apagado de aquella Pampa, que el solo, melancólico y ardoroso caballero, para convertirla en confidente había sabido dulcificar. La Argentina avanzó, pero sin darse cuenta del camino que había recorrido y recorría". Frente a la evolución de las nacionalidades Puccini sienta esta norma de honda trascendencia cultural: "Destino de todos los pueblos es suceder a la heroica y épica de su infancia, una adolescencia arolladora, confusa, más inclinada hacia las apariencias que hacia la substancia, pero ésta fatalmente al final se purifica y termina en una virilidad límpida, segura, afirmativa, y entonces la civilización y la poesía, el equilibrio espiritual y el moral son alcanzados, se encuentran para siempre". Prototipo de la épica argentina es el "Martín Fierro" de Hernández, y "Don Segundo Sombra" de Güiraldes, capitanea la lírica, época final de la purificación intelectual de los pueblos. Martín Fierro es el gaucho fabuloso, batallador, despreciativo y soberbio ubicado en una pampa turbulenta, altanera. Don Segundo Sombra es la restitución al gaucho de su dimensión natural, es el gaucho esencialmente humano que la le-

yenda épica había ya inmortalizado. Todos los pueblos cuando pasan del período de la creación irresponsable, que luego es siempre la época del mito, y se aprestan a alcanzar la consecuente civilización, conocen estos dos momentos de la evolución, separados en veces por un período decadente de retórica. "Martín Fierro habla todavía por sentencias con la boca y con la voz de Don Segundo Sombra, y todavía dice cosas hermosas, finas y profundas; pero ya no necesita tomar actitudes altaneras, no tiene más necesidad de quitarse las espuelas y de despojarse del poncho antes de hablar y de atacar una payada con su rival; este gaucho de hoy, el de Güiraldes, podría hasta no tener ni las espuelas ni el poncho, y estar nada más que vestido de peón". Ahí está la continuidad irrompible de la historia, trazando la ruta de la grandeza nacional. Hernández cuando cantaba en tono épico el episodio del gaucho, preparaba la ruta lírica de Don Segundo Sombra incorporado definitivamente al alma argentina.

Bontempelli y Puccini estructuraron indudablemente los dos mejores ensayos que integran este volumen. Quizá se deba en mucha parte a la afinidad espiritual y racial que los reúne con los argentinos. Italia y Argentina están vinculadas históricamente; desde las lejanas inmigraciones hasta las recientes embajadas culturales va una continuidad amada y sostenida fielmente por ambas naciones.

En París, la Exposición del Libro Argentino presenció, igual que en Roma, un largo desfile de personalidades cuyas conferencias comentamos a continuación, con la brevedad exigida en un esbozo de esta índole.

Paul Morand en una exquisita disquisición, poblada de datos y afirmaciones sorprendentes demuestra la ignorancia del europeo frente a los problemas vitales de América hispana. Desde Montaigne que cree en unos salvajes patagones con un único y terrible ojo en mitad de la frente, hasta Voltaire que afirma con muchos otros, que los argentinos hablan portugués y Anatole France que celebra la producción de café en el Uruguay y Loti recordando las caobas del Brasil, todos los europeos han gozado una feliz ignorancia de América que hizo decir a un celebrado pensador español que "el europeo, salvo excepciones, sigue aún hoy hablando de América con la indulgencia y con la amable ironía (y en veces ignorancia) con que un profesor pedante habla de los muchachos cuya juventud atollonada nos hace sonreír".

Morand espera aun el libro francés que

cante a Buenos Aires y a la Pampa y el retrato fiel del pueblo argentino que no olvide "ni sus chacareros italianos, ni sus caballeros vascos, ni sus peones indios a punto de desaparecer, ni sus agricultores gallegos, ni sus colonos israelitas, sus caldereros cingares, sus fundidores alemanes, sus planchadores chinos, sus parteras catalanas". Morand finalmente señala con certeza justísima el verdadero concepto de la República meridional, "inmensa, pero de una inmensidad vegetal, su ritmo jamás es desmesurado porque es agrícola, tiene por madre la naturaleza y el hombre; como en las civilizaciones maquinistas, jamás aparece disminuido y humillado. La Argentina evoca menos Nueva York que la Mesopotamia de hace cuatro mil años, a tal punto es ella sobre todo patriarcal y pastoril. Los meses que cuentan para ella no son aquéllos en que el parlamento reanuda sus sesiones o en que los teatros se abren para la temporada; es el mes de mayo, es siempre mayo, el mejor mes para el nacimiento de los corderos y es también octubre el mes de la esquila".

Jules Romains expone lo que pudiéramos llamar el anverso de la medalla, la gran cultura argentina y el conocimiento pleno de todos los problemas europeos, cultura y conocimiento que son patrimonio en más o menor intensidad de todos los países americanos. Es una invitación a los franceses para que visiten la Argentina. Romains afirma que allá encontrarán un pueblo "que cree en el porvenir y un pueblo dinámico, sin dejar de ser razonable. Encontrarán la confirmación de una verdad que sentimos en el fondo de nosotros mismos, pero sobre la cual a veces estamos tentados a dudar un poco, y es que el porvenir no está forzosamente en un extremo, que el porvenir puede hallarse en esa "vía real" de la que yo hablaba, el camino real de la humanidad".

Emile Sergent, uno de los más notables científicos franceses, habla de sus impresiones sobre el estudio y enseñanza de las ciencias médicas en la Argentina, de su impulso asombroso y el fervor con que se estudian en América los más abstrusos problemas de la ciencia. A Sergent le han valido sus repetidas visitas a la Argentina, para valorar "el esfuerzo progresivo del estudio y la enseñanza de las ciencias médicas en ese país cuyo porvenir es tan rico en promesas".

Gregorio Marañón sostiene en un denso ensayo el desarrollo del libro científico en la Argentina, especialmente en la medicina, la historia y el derecho; disciplinas a las cuales podríamos agregar la filosofía,

hoy de gran auge en esa nación. Jacques Regnault y Paul Valery investigan igualmente con acierto el magnífico florecimiento de los valores culturales en América y especialmente en la Argentina, que ya adivinó Marañón cuando afirmaba: "Esa madurez americana, que es necesario que sea estrictamente americana, con toda la gloria y con todo el dolor de las responsabilidades universales, esa madurez se anuncia ya espléndidamente al viajero que recorre la América del Sur, a condición de que vea las cosas con los ojos y no con los prejuicios de las razas viejas y engraidas".

Terminamos ofreciendo a los cultores de América este denso volumen como la mejor guía para conocer y adentrarse por ese complejo cuanto grato panorama de la cultura argentina, cima del espíritu hispanoamericano y ruta de nuestro destino universal.

Gabriel Henao Mejía

ARQUEOLOGIA DE LA REGION ATACAMENA

Por Ricardo E. Latcham

Director del Museo Nacional de Chile.—Prensas de la Universidad de Chile.—1938.

De todos los interrogantes de la prehistoria americana ninguno ha preocupado tanto a los investigadores como el origen de las grandes civilizaciones precolombinas. Pero se ha cometido casi siempre el error de estudiar sólo los elementos locales de estos núcleos, y de considerar a los que se apartan de las áreas principales como influenciados por aquellos. Sin embargo, la arqueología y la etnología de los últimos tiempos ha revolucionado muchos de los conceptos antes consagrados, debido a su inusitada intensificación en toda Hispanoamérica, y a la eficacia del método comparativo bien dirigido. En tal sentido, la obra del Profesor Ricardo E. Latcham, sin tratar propiamente de la civilización incaica, muestra nuevos aspectos para la interpretación adecuada de algunas etapas de su desarrollo.

Si ha sido ampliamente divulgado el conocimiento de la cultura incaica, sobre todo en sus rasgos más brillantes, reina, en cambio, una general ignorancia sobre los diver-

sos pueblos que contribuyeron a formar ese núcleo sobresaliente, y acerca de los ciclos culturales que le precedieron. Para ocultarla, se habla simplemente de ruinas y de pueblos preincaicos.

Entre los últimos, fuera de los aymaraes del altiplano, considerados como la raza de los incas dominantes, se conocen hoy los restos de antiguas culturas en Ica, Nazca y Chimú, del lado de la costa, y entre los calchaquies o diaguitas, en el Noroeste de Argentina. La influencia de estos núcleos se hizo sentir, ya singular o conjuntamente, y a veces en invasiones repetidas, por gran parte del territorio que dominaron más tarde los incas. A las anteriores se agrega el sector atacameño, cuya importancia había sido relevada antes por Max Uhle, y en el cual nos presenta el autor que comentamos el material de una cultura diferente de las ya mencionadas y de la incaica. A pesar de alguna influencia tardía de esta última, es, más bien, una de las que contribuyeron con rasgos especiales a la civilización del Imperio del Cuzco.

Las lagunas con que se tropieza al estudiar los orígenes de los atacameños parecen tener, según este autor, una explicación climática, similar al fenómeno geográfico que determinó cambios profundos e imprevisos movimientos en el pueblo Maya. Ante la ausencia de fuentes históricas, delimita el ámbito cultural de Atacama basándose en los descubrimientos arqueológicos y en inducciones lingüísticas. En todo caso, desde los principios de la era cristiana es posible que existiera ya este núcleo más o menos definido, cuya fisonomía se fue modelando paralelamente con las etapas culturales que Uhle señala en Tacna y Arica, a saber: 1º) el período primordial, poco conocido; 2º) el de los aborígenes de Arica; 3º) el contemporáneo de las ruinas de Chavín; 4º) el de Tiahuanaco; 5º) el atacameño indígena; 6º) el Chincha-atacameno, y 7º) el incaico.

Aunque los atacameños tuvieron desde tiempos muy antiguos domesticada la llama, parece que en su alimentación era preponderante la agricultura, la que era suplida en la costa por la caza y la pesca. Esta diferencia más o menos constante en un rasgo tan esencial en la vida aborígen, que concurre con la ausencia de puntas de sílex en el interior, las que abundan en la costa, nos induce a creer, aunque las últimas aparecen asociadas al ciclo chincha-atacameno, que sean la caza de animales costanceros, la pesca y las puntas de sílex una supervivencia de los primitivos pobladores americanos, que ciñeron todo el litoral del Pacífico y

la parte sur del Atlántico, incluidos en el ciclo primordial de que habla Max Uhle, y que el autor omite en su estudio por no tener ellos una cultura avanzada, que pudiera compararse con la de los atacameños. En cambio, las palas de madera y algunas de piedra, que se encuentran con más frecuencia en el interior, sí pueden adscribirse al ciclo de los agricultores de la azada, del cual podían formar los atacameños una importante variedad, que asimiló en parte, con la domesticación de la llama, la cultura de los pastores.

La mayor antigüedad de los pobladores de la costa aparece comprobada por los tejidos de fibras vegetales simplemente maceradas, muy anterior a la aparición del hilado y el tejido de lana. La cestería, igualmente antigua, aparece también preferentemente en la región costanera.

Al hablar de las relaciones entre los atacameños y los constructores de Tiahuanaco explica el alcance de su influencia recíproca, asunto de gran trascendencia por la prioridad que siempre se ha dado a los aymaraes en el proceso incaico. Según la opinión de Uhle, después de haber llegado los atacameños hasta el Titicaca, y de haber sufrido la influencia de Tiahuanaco tanto en ese contacto como en la expansión posterior de este último pueblo, la que se hizo sentir en los ámbitos atacameño y diaguita, los atacameños repitieron, finalmente, su invasión a Tiahuanaco. A comprobar, por lo menos, la influencia de Tiahuanaco en Atacama contribuye el Profesor Latcham con importantes hallazgos de tabletas para rapé y objetos de cestería, tejidos y cerámica.

En el fondo de la obra, referente a la arqueología de la región, se reproducen y se describen numerosas sepulturas, momias, habitaciones etc., muchas de ellas descubiertas por el autor, metódicamente clasificadas y ordenadas en tipos, sin descuidar las circunstancias del lugar del hallazgo y de la época a que probablemente pertenecen. Al mismo tiempo, se relatan algunos aspectos de la funebria de los indígenas actuales, como subsistencia de las prácticas paganas de los antiguos atacameños. En cuanto a las momias y los esqueletos, se describen sus deformaciones craneanas, punto de gran interés para el diagnóstico de las culturas aborígenes en sus relaciones con otras del continente o extrañas a él.

En el título de las Habitaciones analiza el autor los nichos o almacenas conocidos también entre los quichuas y los aymaraes, y aporta convincentes argumentos de carácter lingüístico y toponímico para probar

su origen atacameño. Acerca de las ventanas en los muros sostiene la misma tesis, explicando cómo son una evolución de aquellos nichos, que llegó a producirse en la forma trapezoidal en el apogeo de los incas. Hace, además, una clara descripción de las ruinas de Lasana, Turí y San Pedro de Atacama, que el Hlama, respectivamente, la "Ciudad Blanca", la "Ciudad Negra" y la "Ciudad Roja", por el color de las piedras de sus muros.

Entre los objetos de madera hallados en la región son importantes las tabletas para rapé y los tubos accesorios; los ganchos especiales para asegurar la carga de las llamas; chuzos y palos para la agricultura; peinetas para los tejidos, y el arco y la flecha, que son de introducción más reciente. Usaban, además, calabazas desde épocas muy antiguas, algunas de ellas pirograbadas, sobre todo las de la época chicha-atacameña.

Uno de los capítulos más interesantes es el de la Alfarería, porque en él se estudian, mediante las modificaciones que esta industria ha sufrido, las influencias de las culturas conocidas que intervinieron en las diferentes etapas de su desarrollo. Llama la atención la Alfarería Chica, empleada en los sepulcros en reproducción de las piezas ordinarias. El autor describe la alfarería decorada, en la que encuentra un estilo singular, que él clasifica como atacameño indígena puro. Estudia luego las influencias chinchas, que dieron lugar a la etapa siguiente, y que se extendieron hasta los diaguitas (argentinos y chilenos). La Cerámica Negra, generalmente antropomorfa, la considera como de influencia chicha, de acuerdo con los últimos descubrimientos, contra la creencia de que era incaica.

En el capítulo de los "Tejidos de Lana" describe entre otras piezas los ponchos, y hace resaltar su existencia anterior a la conquista, contra la opinión de algunos historiadores. Son, pues, no sólo prehispánicos sino preincaicos, aunque los atacameños sólo los usaron desde la infiltración de los chinchas. También da noticia el autor del hallazgo de bastidores para bordar, con la tela respectiva envuelta en el arco.

Entrando en el discutido problema de la metalurgia precolombina, considera que el bronce es originario de Bolivia, única región que pudo producir estaño suficiente para esa industria, pero que su elaboración y aprovechamiento se debe a la influencia de los chinchas; influencia ésta que llevó el bronce hasta los collachulpas, según Jijón y Caamaño, y que se manifestó principalmente en la cultura diaguita. Pero reco-

nocer que las proporciones de los componentes de este metal no fueron regulares y constantes como en las respectivas épocas del viejo mundo.

El estudio de los petroglifos es de los más difíciles, debido a su extensión por todo el continente, y su clasificación se ha hecho generalmente de acuerdo con la forma, el estilo y los motivos decorativos, lo que tampoco garantiza el acierto. El autor se funda principalmente en los motivos decorativos, y quisiéramos saber cómo se explica la diferencia entre los petroglifos pintados y los grabados, pues en Colombia atribuimos los primeros a los chibchas, ya que se encuentran preferentemente en el territorio ocupado por ellos, y los últimos a los caríbes, que se extendieron por todos los ríos del país, en donde se encuentran muchas piedras grabadas, aunque dudamos de que sean propiamente obra suya.

Tememos haber proпасado los límites de un comentario sobre el valor de la obra y los caracteres de la cultura estudiada por

el autor, ya que los mismos especialistas se resignan a consignar simplemente el resultado inmediato de sus investigaciones, y vacilan en las conclusiones que no cuenten con elementos de prueba suficientes. Llenando a cabalidad su finalidad concreta, el estudio sobre la Arqueología Atacameña es al mismo tiempo un paso seguro hacia el origen de nuestras culturas indígenas, el cual quedará más y más despejado a medida que en los demás países se adelanten trabajos como el que en su país viene realizando desde hace largos años el profesor Latcham.

Así, vemos cómo los incas no crearon por sí solos toda la cultura que ostentaban; habiendo sido los atacameños uno de los pueblos que formaron el estrato de naciones que sirvió de base a su Imperio. Con un hábil sentido político y un gran poder de adaptación, supieron aprovechar los adelantos parciales de muchos otros pueblos andinos y costaneros, y presentarlos en un conjunto magnífico, de sorprendente homogeneidad.

Guillermo Valencia Rodas